**MISA DE LA CORONACIÓN CANÓNICA DE NUESTRA SEÑORA DE LA QUINTA ANGUSTIA**

**Cacabelos, 2 de abril de 2018**

El anuncio pascual de la resurrección de Jesucristo de entre los muertos ha llenado de luz, de alegría y de esperanza al mundo. En el contexto litúrgico de la Pascua celebramos hoy en esta querida parroquia de Cacabelos, la Coronación canónica de la imagen de Nuestra Señora de la Quinta Angustia. Vuestros mayores celebraron este día de la Octava pascual con los ojos puestos en la Virgen María que nos muestra a Jesús muerto en sus brazos con la ardiente esperanza de que Dios lo resucitará. Vosotros queréis seguir sus pasos y celebrar aún con más devoción y fervor estas fiestas de Pascua en las que la Iglesia saluda con alegría a la Reina del Cielo porque ha merecido llevar en su regazo al Hijo de Dios hecho hombre que verdaderamente resucitó de entre los muertos.

La parroquia, la cofradía de Nuestra Señora de la Quinta Angustia, y otras entidades eclesiásticas me han pedido que coronara canónicamente esta imagen que a lo largo de los siglos ha atraído a multitud de devotos y peregrinos que encuentran en su mirada consuelo y gracia para seguir el camino de la vida. Después de consultar con mis colaboradores y ver que, efectivamente, existe una gran tradición que avala el fervor y la piedad que suscita en el pueblo cristiano la imagen de Nuestra Señora de la Quinta Angustia, he considerado oportuno acceder a su Coronación canónica como un reconocimiento diocesano que confirma la bondad de vuestra devoción y os dé aliento para seguir extendiendo la devoción a la Santísima Virgen, particularmente entre las generaciones más jóvenes.

Coronar una imagen de la Virgen significa, ante todo, confesar nuestra fe en Cristo, Rey y Señor del Universo. Dios Padre, que resucitó a su Hijo de entre los muertos, le entregó todo el poder y la gloria en el cielo de modo que ante el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo y en la tierra. Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, asumió nuestra humanidad para siempre. En Cristo resucitado y glorioso, nuestra humanidad ha sido glorificada y enaltecida. Ha sido introducida en la esfera de la divinidad y por eso podemos decir que en Cristo y con Cristo el hombre puede aspirar a vivir en la gloria de Dios eternamente.

Cristo, una vez constituido Rey del universo, ha querido que su Santísima Madre participara de su plenitud. La Iglesia cree que María, asunta a los cielos en cuerpo y alma, es la primera mujer de nuestra raza en la que se cumple la promesa del Señor: “Allí donde esté yo quiero que estéis vosotros” (Jn 14,13) Ella es la primera que ocupa las moradas eternas que Jesús tiene preparadas en el cielo para aquellos que creen en él y cumplen sus mandatos. Aquella mujer que dispuso todo su cuerpo para que el Hijo de Dios se encarnara y se hiciera hombre para salvar a los hombres del pecado y de la muerte, es la misma que ahora “Ha sido glorificada junto al Hijo en los cielos. María ha superado ya el umbral entre la fe y la visión cara a cara” (RM 6). La Iglesia la proclama Reina y Señora de todo lo creado porque en ella la creación ha llegado a su plenitud. Al coronar hoy su imagen como Reina queremos expresar esta plenitud de vida, de felicidad y de gozo en el que vive junto a su Hijo Jesucristo por toda la eternidad.

Esta liturgia de la coronación de esta imagen de la Virgen María nos une a tantos cristianos que la han saludado llamándola dichosa y feliz por su fidelidad a la vocación maternal que Dios le encomendó. Con este gesto hacia nuestra Madre del cielo, damos cumplimiento hoy a la profecía que la Virgen hizo sobre sí misma en el canto del *Magníficat*: “Dichosa me dirán todas las generaciones”.

Para llegar a la dicha, María tuvo que recorrer un camino de fe no exento de las consecuencias de la debilidad humana que comporta sufrimiento, dolor y angustia. En la Quinta Angustia, contemplamos a María con su Hijo muerto en la Cruz. Decía San Juan Pablo II en la Encíclica sobre *la Madre del Redentor: “*¡Cuán grande, cuan heroica en esos momentos la obediencia de la fe demostrada por María ante los «insondables designios» de Dios! ¡Cómo se «abandona en Dios» sin reservas, «prestando el homenaje del entendimiento y de la voluntad» a aquel, cuyos «caminos son inescrutables»! (cf. Rom 11, 33). Y a la vez ¡Cuán poderosa es la acción de la gracia en su alma, cuan penetrante es la influencia del Espíritu Santo, de su luz y de su fuerza!” (RM 18)

Al contemplar esta mañana la coronación de María se nos recuerda que también nosotros, los bautizados, participamos de la realeza de Cristo. Efectivamente, por el bautismo hemos sido injertados en la nueva vida, la vida de la gracia, la vida eterna. La vida de Cristo es el Amor. Cristo reina por el amor y la misericordia. Estas son las características de su Reino. Todo nuestro ser ha sido transformado por el poder de la gracia bautismal y el Padre nos ha hecho hijos suyos en su Hijo Jesucristo dándonos el Espíritu Santo que ha derramado en nuestros corazones el amor. Por el bautismo hemos pasado del reino de las tinieblas el Reino de Cristo que es el reino de la santidad y la gracia, de la verdad y la vida, de la justicia, el amor y la paz. También nosotros podemos reinar con Cristo y la Virgen María, cuando concluido nuestro peregrinar por este mundo entremos, por su misericordia y perdón en el Reino de los cielos. Este reino celestial ha sido inaugurado por Cristo en la tierra y ya aquí podemos extenderlo en la medida en que extendemos por el mundo la misericordia y el amor divinos.

El reinado de María es un reinado maternal que alcanza a todos los hombres. Ella es la mediadora de todas las gracias.  San Juan pablo II nos enseñó que La mediación de María*está íntimamente unida a su maternidad*y posee un carácter específicamente materno que la distingue del de las demás criaturas que, de un modo diverso y siempre subordinado, participan de la única mediación de Cristo, siendo también la suya una mediación participada. San Bernardo nos dejó esta hermosa oración que nos habla de esta maternidad espiritual de María:

*Acordaos, ¡oh piadosísima Virgen María!, que jamás se ha oído decir que ninguno de los que haya acudido a Vos, implorado vuestra asistencia y reclamado vuestro socorro, haya sido abandonado de Vos.*

El manto de Reina con el que adornamos su imagen representa la capa de amor maternal con la que la Virgen quiere proteger y cobijar a todos sus hijos, especialmente los más pobres y necesitados. La corona que colocamos sobre su cabeza al estilo de una reina es signo de su plenitud y su poder de intercesión y mediación ante su Hijo que nos amó y nos ama hasta el extremo.

Cuando contempléis la imagen de la Virgen de la Quinta Angustia, ahora coronada canónicamente, recordad cuánto os ama y os quiere vuestra Madre del cielo que os muestra a su Hijo exánime y sin embargo sigue amando incluso a los verdugos de la muerte de su Hijo. Responded a este amor maternal de María amando a todos: a quienes tenéis cerca –familiares, compañeros de trabajo o de estudio, amigos- a los que tenéis lejos, y a quienes tenéis en frente porque ellos se han colocado así. A todos no debáis más que amor. Estad seguros que este amor fraterno derribará los muros que nos separan a los hombres. Muchos de vosotros sois padres o madres de familia y sabéis muy bien que lo que más os agrada es que vuestros hijos os sonrían y con esa sonrisa agradezcan tanto bien como les hacéis con vuestras preocupaciones y desvelos. Haced vosotros lo mismo con vuestra querida madre representada aquí en la imagen coronada de la Quinta Angustia.

† Juan Antonio, obispo de Astorga